

No os mintáis unos a otros, pues despojados del hombre viejo con sus obras, os habéis revestido del hombre nuevo, que se va renovando hasta alcanzar un conocimiento perfecto, según la imagen de su Creador, donde no hay griego y judío; circuncisión e incircuncisión; bárbaro, escita, esclavo, libre, sino que Cristo es todo y en todos (Col 3, 9-11)

*¡Ay, Ariel, Ariel, villa donde acampó David!
(Is 29, 1 y 33, 7)*

I

Ararat enigmático

La Santa Escritura pocas veces menciona el nombre Ararat: una vez como un monte (Gen. 8, 4) y tres veces como un país (2R.19, 37; Is. 37, 38; Jr. 51, 27). Puede parecer que aquel lugar, alejado de las vías principales del pueblo israelí, no tiene mucha importancia. Sin embargo hay algo enigmático en ese monte, porque la letra directa de la Sagrada Biblia precisamente con este lugar vincula tanto el paraíso terrenal, como la renovación de la vida después del diluvio. He aquí como lo cuenta la Biblia:

“... plantó Yahvé Dios un jardín en Edén, al oriente, donde colocó al hombre que había formado...”

*De Edén salía un río que regaba el jardín, y desde allí se repartía en cuatro brazos. Uno se llama Pisón: es el que rodea todo el país de Javilá, donde hay oro. El oro de aquel país es fino. Allí se encuentra el bedelio y el ónice. El segundo río se llama Guijón: es el que rodea el país de Cus. El tercer río se llama **Tigris**: es el que corre al oriente de Asiria. Y el cuarto río es el **Éufrates**. Tomó, pues, Yahvé Dios al hombre y lo dejó en el jardín de Edén, para que lo labrase y cuidase.” (Gen 2, 8-15)*

De aquí se ve que, si el río que regaba el jardín se dividía en cuatro brazos al salir de éste, entonces habría que buscar el manantial perdido en el área de las fuentes de sus brazos¹, de los cuales sólo dos son conocidos, a saber: el Éufrates y el Tigris. Ambos nacen en la meseta de Ararat, con más precisión al oeste y sudoeste de la llanura del monte Ararat y, pasando muchos kilómetros, finalmente desembocan en el Golfo Pérsico. Eso significa que el manantial principal del Edén corría por la misma meseta. Entonces, es la dicha meseta la que representa el lugar del Edén legendario. En efecto, los dos celebres ríos, es decir el Éufrates y el Tigris, tienen sus fuentes bastante cerca una de la otra, como si hubiesen surgido de un manantial perdido.

Aunque en el fragmento de la creación Ararat no se menciona, no cabe la menor duda de que se trata de la meseta de Ararat.

El nombre Ararat aparece por primera vez en el relato sobre el diluvio devastador que puso fin a casi todos los seres vivientes.

“Al cabo de ciento cincuenta días,- se dice en el cap.8,vv.4-5, 15-17 del Génesis,- las aguas habían menguado, y en el mes séptimo, el día diecisiete del mes, varó el arca sobre los montes de Ararat Habló entonces Dios a Noé en estos términos:”Sal del arca con tu mujer, tus hijos y las mujeres de tus hijos. Saca contigo todos los animales de toda especie que te acompañan, aves, ganados y todos los reptiles que reptan sobre la tierra. Que pululen sobre la tierra y sean fecundos y se multipliquen sobre la tierra”.

Pero he aquí que surge la pregunta: **¿Fue casual que para la renovación de la vida terrestre, Dios trajese el arca de Noé de nuevo al mismo lugar del antiguo paraíso y dijese: “Sed fecundos, multiplicaos y llenad la tierra” (Gen. 9, 1)? ¿Fue casual que también desde aquí los descendientes de sus tres hijos, es decir, de Sem, Cam y Jafet se difundieron sobre toda la tierra, formando las tres grandes razas de la humanidad (Gen 9, 18 – 10, 32)?**

A este hecho, seguramente se remonta la interpretación armenia del topónimo *Ararat*, porque en la memoria popular las dos sílabas que lo forman, a saber, *Ar* y *arat* significan *abundancia de los arios*, es decir, *hombres nobles y valientes*. **Pero por qué otra vez desde aquí tuvo que comenzar la vida?**

En Ez. ,cap.28, vv.13-14 Dios directamente define Edén como Su monte santo. Aquí dirigiéndose al rey de Tiro, como si se dirigiese a todo ser humano que no pudo valorar las gracias del paraíso que le fueron concedidas, El dice:

“En Edén estabas, en el jardín de Dios...., estabas en el monte santo de Dios, caminabas entre piedras de fuego...”

Entonces el monte santo es el Edén y, ya que el Edén es la meseta de Ararat, el monte santo es Ararat, que, a propósito, siendo volcán, tiene sus alrededores formados con piedras de fuego, que son distintas especies de rocas volcánicas.

Sin embargo en la Biblia el santo monte tiene otro nombre u otros, pues según la interpretación establecida, existen por lo menos dos santos montes. Uno se llama Sinaí, y el otro Sión. Pero ¿cuántos montes sagrados, o santos, o de Dios pueden existir, si Dios es único y plantó su paraíso único?

El monte Sinaí es el donde Dios por primera vez se presentó delante de Moisés *“en llama de fuego, en medio de una zarza”*, que *“ardía, pero no se consumía”* (Ex.3, 2) y más tarde le dio sus mandamientos. Aunque los investigadores eclesiásticos consideran el nombre Sinaí como una glosa y hasta hoy no existe conformidad total de ideas acerca de la localización del Sinaí, hace dieciséis siglos la tradición cristiana suele situarlo en Yébel-Musa (2.245m) al sur de la península que tomó de él su nombre. Pero en realidad la ruta de los hebreos en el Éxodo no está reconstruida, ni se sabe con certeza qué mar y por dónde cruzaron los hebreos (sólo se supone que era el mar Rojo), ni tampoco el lugar verdadero del Sinaí. Algunos expertos consideran que *“los itinerarios derivan de las costumbres de peregrinos posteriores, más que de las reminiscencias del tiempo de los desplazamientos”*². Seguramente es así y por tal motivo ahora es difícil reconstruir tanto los lugares, como los caminos. No obstante, existen varias opiniones acerca de éstos. La opinión más difundida hoy se apoya en los elementos de carácter volcánico de la descripción tanto de la teofanía como del itinerario, y sitúa el Sinaí en Arabia, donde aún había volcanes activos en aquella época. A pesar de la incertidumbre que reina en torno de ese asunto, los investigadores tienen un punto común: todos ellos buscan el Sinaí en el desierto o en sus alrededores a causa de pasajes del Éxodo como los siguientes:

“(Moisés) Trashumando con el rebaño por el desierto, llegó hasta Orbe, la montaña de Dios. Allí se le apareció el ángel de Yahvé en llama de fuego, en medio de una zarza” (3, 1-2);

“Moisés hizo partir a los israelitas del mar de Suf y se dirigieron hacia el desierto de Sur...” (15, 22);

“Al tercer mes de la salida del país de Egipto, ese mismo día, los israelitas llegaron al desierto de Sinaí...y acamparon en el desierto. Israel acampó allí, frente al monte. Moisés subió al monte de Dios y Yahvé lo llamó desde el monte...” (19, 1-3), - etcétera.

Como vemos, los fragmentos propuestos (y también otros) siempre indican *desierto*.

Pero ¿qué desierto es? ¿se habla realmente de un desierto físico o es una alegoría, relacionada con el mundo pecaminoso y con la ausencia del paraíso, como en el siguiente fragmento?

Una voz clama: “ En el desierto abrid camino a Yahvé, trazad en la estepa una calzada recta a nuestro Dios” (Is 40, 3-4)

El desierto figura como Edén arruinado y la estepa como el Paraíso perdido también en el versículo 3 del capítulo 51 de Isaías, donde se dice:

“Cuando haya consolado Yahvé a Sión, haya consolado todas sus ruinas y haya trocado el desierto en Edén y la estepa en Paraíso de Yahvé (en el mismo sentido ver también Is 32, 15-16; 40, 3; 41, 18-19).

De aquí se ve también que **Sión es el monte de Edén** y porque, como hemos visto, Edén estaba en la meseta de Ararat, *el desierto de Edén* es una definición alegórica. Es decir, no es correcto, según mi

opinión, buscar las rutas del Éxodo de los judíos en el desierto físico, tanto más, cuanto que el Éxodo, como parece, no ha terminado hasta hoy. En el libro IV de Esdras (el que, aunque se considere un apócrifo, aparece en algunas ediciones católicas de la Biblia debido al verdadero carácter de su contenido) Dios habla con Esdras del venidero Éxodo de Egipto de los judíos, aunque parecería que en los tiempos de Esdras este Éxodo ya pertenecía al pasado: “*He aquí mi pueblo es llevado como un rebaño. Ya no permitiré que viva en Egipto: Lo sacaré con mano poderosa y largo brazo; y castigaré con plagas como antes, y corromperé todas sus tierras*” (IV libro, 15, 10-11).

Es evidente que bajo Egipto se sobreentiende el dominio del adversario de Dios, que cautivó a los hijos del Creador, es decir, el mundo del mal, del pecado y de la muerte. También se ve que el tiempo en la Biblia no es como nos imaginamos o simplemente no existe.

El pasado, el presente y el futuro se entrelazan en ella y aparecen en la unidad de los tiempos, como fue revelado a Esdras:

“*Desde Abrahán hasta Isaac, cuando nacieron de él Esaú y Jacob, la mano de Jacob retenía al nacer el calcañar de Esaú; pues el fin de este siglo es Esaú y el comienzo del siguiente es Jacob. La mano del hombre entre el calcañar y la mano*” (IV libro de Esdras, cap.6, vv. 8-10).

Entonces Esaú y Jacob no solamente pertenecen al pasado, sino también al presente, que es Esaú, y al futuro, que es Jacob.

De aquí podemos ver claramente que “el desierto” no se puede entender literalmente. En relación a esto llama nuestra atención un fragmento del mismo libro de Esdras que por su contenido nos hace recordar el Éxodo de los judíos con Moisés, pero relata los acontecimientos de los tiempos del rey Oseas. Se trata de una revelación sobre las diez tribus israelitas que pasaron “*los estrechos donde comienza el río Éufrates*”, es decir, por la meseta de Ararat, para penetrar en una “*región donde nunca habitó el género humano*”. Para esto el Altísimo “*detuvo la corriente del río (Éufrates) hasta que pasaran*”. He aquí el fragmento en su integridad:

“*...Y la otra muchedumbre pacífica que le viste llamar hacia sí, son las diez tribus que fueron llevadas cautivas de sus tierras en días del rey Oseas, al cual llevó cautivo Salmanasar, rey de los asirios, y los llevó al otro lado del río y a tierra extranjera. Ellos tomaron la determinación de abandonar a la multitud de los gentiles e irse a otra región donde nunca habitó el género humano; y observar allí su ley que no observaron en su patria. **Y penetraron por los estrechos donde comienza el río Éufrates.** Pues realizó entonces prodigios el Altísimo y detuvo la corriente del río hasta que pasaran. Por aquella región había un camino largo de año y medio y se llamaba la región de **Arsareth**. Habitaron entonces allí hasta los últimos tiempos y ahora cuando comiencen a venir de nuevo, de nuevo detendrá el Altísimo la corriente del río para que puedan pasar; por esto viste la multitud pacífica. Pero los que quedaron de tu pueblo son los que se encuentran dentro de mis límites. Sucederá, pues, que cuando comience a destruir a la multitud de los gentiles reunida, protegerá al pueblo que quedó; y les mostrará entonces grandes prodigios*”(cap. 13, vv. 39-50)³.

En el fragmento citado, sobre todo notamos el hecho del cautiverio de los judíos y su fuga; también los milagros hechos por Dios para salvarlos, incluyendo la detención de la corriente del río para que pasaran. La diferencia entre este relato y el del Éxodo está sólo en el tiempo indicado, en el país de cautiverio y en el nombre de las aguas.

En el episodio con Moisés, como se cree, los judíos pasaron por el mar Rojo, aunque es solamente una suposición, porque aquí también, al igual que en el caso del Sinaí, tenemos una glosa. El mar que pasaron los judíos se llama *Suf*. El significado de la palabra se explica de diferentes maneras: como *mar de las cañas*, como *lagos amargos*, etcétera. Pero ninguna de las explicaciones es satisfactoria⁴

En el relato de Esdras los israelitas pasan por el río Eufrates y es más, hasta se precisa el lugar del paso hacia el indicado país misterioso: “***Y penetraron por los estrechos donde comienza el río Éufrates***”. Es decir, estaban en la meseta de Ararat, porque es allá donde comienza el río Eufrates. Se puede decir que esta ya es la tercera vez que la Santa Escritura, relatando hechos misteriosos, se refiere al mismo lugar, es decir, a la meseta de Ararat, que en esta vez se presenta como una región oculta, a saber, **una puerta al mundo desconocido**, donde las diez tribus israelitas que observan su ley lejos de “*los gentiles*”, están esperando el establecimiento definitivo de la gloria de Dios en la nueva tierra en el final del tiempo. Esdras llama a esta región **Arsareth**. Ya el nombre de la región en cierto modo recuerda el de Ararat. Además, salta a los ojos el sonido armenio del topónimo, pues a primera vista se distinguen las tres sílabas: *ar-sar-(ar)ef*, donde *sar* es *monte* y *aref* es *sol*, así que se

puede fácilmente explicarlo en idioma armenio como *monte ario de sol*, (o, como veremos después, *el monte espiritual de sol*).

Poco antes, hablando del mismo monte, Esdras no reconoce el lugar donde el monte está localizado:

“Y vi que se había esculpido para sí (se refiere a Cristo) un gran monte y que voló sobre él. Yo quería ver el lugar o la región de donde fue esculpido el monte y no lo podía” (Libro IV de Esdras, cap.13, v.7).

Pero después lo llama Sión:

“ Y sucederá que cuando todos oigan su voz, dejará cada uno de luchar en su región contra su vecino; y se juntará una innumerable multitud como queriendo venir para derrotarlo. Mas Él permanecerá sobre la cumbre del monte Sión. Y vendrá Sión y se mostrará a todos elevada y edificada como viste esculpirse el monte sin obra de mano alguna” (Libro IV de Esdras, cap.13, v.33-37).

A juzgar por los fragmentos citados y por toda aquella parte del libro de Esdras, donde se habla del Día del Juicio Divino, **Arsareth** representa a **Sión**, y la entrada oculta a Arsareth está en la **Meseta de Ararat o en los montes de Ararat**.

Indirectamente a la presencia de los hebreos en la Meseta de Ararat la indica también el canto triunfal de los israelitas después de la liberación del ejército de faraón, porque en este canto se habla del Edén:

“Lo (al pueblo de Dios) introduces y lo plantas en el monte de tu heredad, lugar que preparaste para tu morada, Yahvé, santuario, Adonai, que fundaron tus manos” (Ex 15, 17).

En efecto, el lugar que fundaron los manos de Dios era Edén, allá Él *plantó* a Adán, allá Él *plantó* a Noé, y allá *plantó* a los israelitas.

Además, después de haber comparado el fragmento antes citado del libro IV de Esdras acerca de los acontecimientos del fin del mundo con el de Zacarías, podemos ver que en todas las revelaciones acerca del Día de Dios se habla del monte Ararat. He aquí el fragmento (Zac., cap.14,vv.2-5 y 8):

“Yo reuniré a todas las naciones para que ataquen Jerusalén. La ciudad será tomada, las casas saqueadas y las mujeres violadas. La mitad de la ciudad partirá al cautiverio, pero el Resto del pueblo no será extirpado de la ciudad. Saldrá entonces Yahvé y combatirá contra esas naciones como el día en que Él combate, el día de la batalla. Aquel día se asentarán los pies en el monte de los Olivos que está frente a Jerusalén, al oriente, y el monte de los Olivos se hendirá por el medio de oriente a occidente haciéndose un enorme valle: la mitad del monte se retirará al norte y la otra mitad al sur. Y huiréis al valle de mis montes, porque el valle de los montes llegará hasta Yasol; huiréis como cuando el terremoto en tiempos de Ozías, rey de Judá. Y vendrá Yahvé mi Dios y todos los consagrados con Él.....Aquella día manarán de Jerusalén aguas vivas, mitad hacia el mar oriental, mitad hacia el mar occidental...”

A la luz de lo dicho podemos reconocer tanto en *el enorme valle*, como en *el monte hendido* en dos, al gran Ararat y al pequeño Ararat junto con la célebre llanura de Ararat. Asimismo en *los consagrados que vendrán con Yahvé* reconoceremos a las diez tribus israelitas, que desaparecieron del mundo de los gentiles al pasar por *los estrechos donde comienza el río Éufrates*. Además, desde el punto de vista literal el mar oriental puede presentar al Mar Caspio y el occidental, al Mar Negro o Mediterráneo. Pero es evidente que son alegorías. Y en lo que se refiere al monte de los Olivos, su nombre, ciertamente, se remonta a los tiempos de Noé, ya que desde estos tiempos así se llamaba el monte, de donde la paloma a la que soltó Noé de su arca en su estancia en el monte Ararat para ver si ya habían menguado las aguas de la superficie de la tierra, vino trayendo en el pico un ramo verde de olivo (Gén. c.8, v. 11).

Como un argumento adicional a favor de esta observación, propongo prestar atención al hecho de que la descripción de la montaña santa de Dios, presentada en la Santa Escritura, coincide más con el monte Ararat que con la de la península del Sinaí, o de Arabia, o de Jerusalén. Al pie del Ararat hay una llanura grande que podría contener a todo el pueblo israelita. Las dos cumbres de Ararat se elevan majestuosamente y se ven desde todas las partes de la llanura, así que el pueblo israelita podría fácilmente haber sido testigo de todo lo que pasaba en el monte. Hay también manantiales que brotan de sus rocas. La naturaleza volcánica del monte Sinaí, presentada en distintos lugares del Éxodo, bien podría convenir al Ararat. He aquí cómo describe la Biblia el monte Sinaí:

“El tercer día, al rayar el alba, hubo truenos y relámpagos y una densa nube sobre el monte y un fuerte sonido de trompeta. Todo el pueblo, en el campamento, se echó a temblar....Todo el monte

Sinaí humeaba, porque Yahvé había descendido sobre él en el fuego. Subía el humo como el de un horno, y todo el monte retemblaba con violencia. El sonar de la trompeta se hacía cada vez más fuerte; Moisés hablaba y Dios le respondía con el trueno...” (Ex 19, 16,18-19).

“Moisés penetró en la nube y subió al monte. Moisés permaneció en el monte cuarenta días y cuarenta noches” (Ex 24, 18)

También podría convenir al Ararat el terremoto que pasó por el Sinaí, cuando Elías lo visitó. Así lo describe la Biblia: *“Entonces Yahvé pasó y hubo un huracán tan violento que hendía las montañas y quebraba las rocas ante Yahvé... Después del huracán un terremoto... Después del terremoto, fuego... Después del fuego, el susurro de una brisa suave” (1R 19, 11-12).*

Las siguientes palabras de las Lamentaciones se refieren al doble sentido del monte Sión: *“Yahvé apuró su furor, derramando el ardor de su cólera; encendió un fuego en Sión que ha devorado sus cimientos” (4, 11).*

Se ve que en sentido físico esta observación conviene más al monte Ararat, y no a los que llamamos Sión o Sinaí, porque tanto el Sión conocido, como el Sinaí conocido (donde Dios habló con Moisés) no son volcanes, mientras que los *cimientos* de todos los montes de Ararat (el lugar bíblico del paraíso) desde tiempos desconocidos *han sido devorados* por el fuego volcánico y hasta hoy arden débilmente.

En sentido espiritual la observación citada indica la ira de Dios que recae sobre el pueblo elegido, porque, al ser llamado como portavoz de la palabra Divina en la tierra, había abandonado a Dios. Como consecuencia su tierra es destruida.

Eso de que Sinaí (o Ararat físico, según mi idea) es un monte físico, es decir palpable, y que Sión es su prototipo espiritual que se esconde bajo la imagen física del monte, se ve en la epístola del apóstol Pablo a los hebreos, donde, explicando la diferencia entre los israelitas del Éxodo y los cristianos del Nuevo Testamento, él dice: *“No os habéis acercado a una realidad palpable: fuego ardiente, oscuridad, tinieblas, huracán, toque de trompeta y a un sonido de palabras tal, que suplicaron los que lo oyeron no se les hablara más. Es que no podían soportar esta orden: El que toque el monte, aunque sea un animal, será lapidado. Tan terrible era el espectáculo, que el mismo Moisés dijo: Espantado estoy y temblando. Vosotros, en cambio, os habéis acercado al monte Sión, ciudad del Dios vivo, la Jerusalén celestial, y a miríadas de ángeles, reunión solemne, y a la asamblea de los primogénitos inscritos en los cielos, y a Dios, juez universal, y a los espíritus de los justos llegados ya a su perfección, y a Jesús, mediador de una nueva alianza, y a la aspersión purificadora de una sangre que habla más fuerte que la de Abel” (12, 18-24).*

La primera parte del fragmento se refiere al monte **Sinaí**, desde el cual Dios habló con Moisés, es decir al monte físico: *palpable* y *ardiente* que obviamente era un volcán (ver también Ex 19, 16,18). La segunda parte del fragmento ya se refiere al monte **Sión**, al cual el apóstol sugiere **no confundir** con el monte anterior, es decir con el Sinaí. Esta sugerencia manifiesta la existencia de tal confusión. Pero ¿cómo pueden confundirse dos diferentes montes que se encuentran en distintos lugares, bien lejos uno del otro? Sólo si es un monte con diferentes nombres que se refieren a distintos aspectos del mismo: en este caso el aspecto físico que se denomina Sinaí y el aspecto espiritual que se llama Sión, o Jerusalén (o Arsareth). **Y ese único monte, según todo lo dicho, es Ararat.** A esta observación una vez más la confirman las palabras del mismo apóstol en la epístola a los Gálatas, porque aquí el apóstol llama con el nombre Sinaí, que está en Arabia, a la Jerusalén actual, contraponiéndola a la Jerusalén celestial, es decir, a Sión, aunque según nociones establecidas es Sión el que está dentro de Jerusalén y no Sinaí:

“Pues está escrito - dice él,- que Abrahán tuvo dos hijos: uno de la esclava y otro de la libre. Pero el de la esclava nació según la naturaleza; el de la libre, en virtud de la promesa. Hay en ello una alegoría: estas mujeres representan dos alianzas; la primera, la del monte Sinaí, madre de los esclavos, es Agar, pues el monte Sinaí está en Arabia y corresponde a la Jerusalén actual, que es esclava, y lo mismo sus hijos. Pero la Jerusalén de arriba es libre; ésa es nuestra madre, pues dice la escritura: Regocíjate estéril, la que no dabas hijos; rompe en gritos de júbilo, la que no conocías los dolores de parto, que más son los hijos de la abandonada que los de la casada. Y vosotros, hermanos, a la manera de Isaac, sois hijos de la promesa” (4, 22-28)-

Ya el hecho de que Sinaí se identifica con Jerusalén, atestigua la intersección de ambos conceptos. De ahí es obvio que si Sinaí es el nombre espiritual de la Jerusalén terrenal y Sión el de la

Jerusalén celestial, eso significa que ambos nombres de todos modos se refieren a Jerusalén: uno a la Jerusalén celestial y el otro a su imagen terrenal.

El mismo significado tienen las siguientes palabras del Salmo 133, 3:

*“Como el rocío que baja del Hermón
Sobre las cumbres de Sión;
Allí dispensa Yahvé bendición,
La vida para siempre”*

Como lo sabemos por la Biblia, los nombres *Hermón* y *Sión* son distintos nombres del mismo monte. Pero por el fragmento presentado se ve que el nombre *Hermón* tiene un significado más alto que *Sión*, porque desde el *Hermón* baja el rocío a las cumbres de *Sión*, haciéndolo el lugar bendito. Pero en el salmo *Sión* y *Hermón* suenan como montes distintos y porque sabemos que no es así, es muy claro que en el nombre *Hermón* se observa la protoimagen del monte *Sión*.

Así con hilos misteriosos en la Santa Escritura se enlazan entre sí lo físico y lo espiritual, porque todo lo que crea y hace el hombre sin darse cuenta claramente, son nada más que intentos de imitar lo divino con dos objetivos: o para el noble deseo de restaurar Su imagen en sí mismo, o por un deseo demente de ocupar Su lugar.

Continuando con el asunto, notemos también que los nombres *Sinaí* y *Sión* tienen la misma sílaba principal – “*Si*”. Lo interesante es que a esta misma sílaba también la vemos en el nombre paralelo o armenio del monte *Ararat* que es *Sis* para el gran *Ararat* y *Ma-sis* para el pequeño, en el cual la sílaba “*ma*”, seguramente, significaba “pequeño”. Es obvio, aunque los armenios hasta hoy confunden los nombres del grande y pequeño *Ararat*, lo que se puede ver en sus distintas publicaciones acerca del monte *Ararat*. Pero la lógica más simple indica que la presencia de la palabra *Sis* en los nombres de ambas cumbres, muestra que la raíz es *Sis* y que *ma* es el prefijo que caracteriza la cumbre baja, porque la alta o la principal no requiere una precisión. O ¿no será que *Masis* significa simplemente *el monte de Moisés*, porque así se llama el monte *Sinaí-Horeb*? Eso está perfectamente conforme con todo lo dicho. Además recurriendo nuevamente al fragmento de la epístola a los *Gálatas*, prestemos atención a las siguientes palabras: “*Pero la Jerusalén de arriba es libre; ésa es nuestra madre*”. Eso de que *la Jerusalén de arriba es libre* nos hace recordar que los armenios, no sabiendo por qué, llaman *Ararat* como *Azatn Masis* que significa *Masis libre*. (Claro que en este caso confundiendo el nombre del gran *Ararat* con el del pequeño). Mientras que en las palabras *ésa es nuestra madre* se puede reconocer tanto a *Jerusalén* como al *Ararat*, porque en el Génesis la madre de la humanidad es *Edén* o los montes de *Ararat* de *Noé*, ya que dos veces desde ahí todo comenzó de nuevo.

Las razones presentadas me hacen pensar que bajo todos los montes sagrados de la Santa Escritura se esconde un solo monte y ese monte es *Ararat*.

Parece que Dios destruyó el paraíso por medio de una erupción volcánica tremenda, pero se conservó la misteriosa vía (cordón) umbilical que lo une con el Creador. Por eso exactamente aquí se detuvo el arca de *Noé*, la cual Dios desde aquel tiempo, quizás, guarda celosamente y casi intacta en el seno del gran *Ararat*⁵, por eso aquí se pierden las huellas de las diez tribus israelitas.

Los distintos nombres del monte sagrado en la Biblia se explican sobre todo por el carácter simbólico de la misma, en la que la historia material se entrelaza con la espiritual, formando un juego misterioso, lo que es bien conocido y muy claramente se ve en el siguiente fragmento:

“...la Bestia que surja del abismo les hará la guerra, los vencerá y los matará. Y sus cadáveres, en la plaza de la gran ciudad, que simbólicamente se llama Sodoma o Egipto, allí donde también su Señor fue crucificado” (m. Ap 11, 7-8).

Todos sabemos que el Señor fue crucificado en *Jerusalén* y no en *Sodoma* ni en *Egipto*. Pero en el pasaje *Jerusalén* se nombra como *Sodoma* y *Egipto*, lo que manifiesta aquí la destrucción moral de *Jerusalén*. En otras palabras, estos nombres han sido usados simbólicamente y según el punto de vista.

Como veremos en el capítulo siguiente, los distintos nombres del monte santo se deben también a las transformaciones lingüísticas relacionadas con distintas capas étnicas que iban sustituyendo una a otra durante los tiempos pasados.

1. ...Aunque, menospreciando la exactitud de la Palabra Divina, cada investigador o político de la religión suele colocar el *Edén* donde le guste, por todas partes del mundo...

2. Ver. John Rogerson. *La Biblia –Atlas culturales del mundo*, pag.27

3. La precisión del lugar por donde pasaron los israelitas, es decir los comienzos del río Éufrates, la encontramos sólo en la edición de la Sagrada Biblia según la Vulgata, traducida por Dr. Félix Torres Amat, revisada y anotada por Mons. Dr. Juan Straubinger y publicada por los Padres del Verbo Divino. Ver volumen IV, página 879. En todos los casos, citando a IV Esdras, refiero a esta edición. En los casos restantes he usado la Biblia de Jerusalén, nueva edición revisada y aumentada e imprimida en 2000 en los talleres de Rodesa, en Estella (Navarra).
4. Ver Nuevo diccionario bíblico o J.Simons. Geographical and Topographical Texts of the Old Testament, 1959 §431, p.255, nota 223.

5. En 1893 el archidíacono de la iglesia nestoriana Nurri, después de subir al monte Ararat, hizo una declaración oficial, en la que afirmaba que él mismo había visto al enorme arca de Noé en el borde de un lago helado del monte que parcialmente se deshiela sólo en el verano más caluroso. Entonces se abre a la vista una parte del arca. En el verano de 1916 una la expedición rusa, tras haber subido al monte Ararat, encontró un objeto en el que todos los participantes sin restricciones reconocieron el arca de Noé. Los miembros de la expedición lograron entrar en la nave, medirlo, tomar fotografías y tomar muestras de la madera y del alquitrán. Pero cuando los materiales de la expedición ya estaban preparados para la publicación, en Rusia estalló la revolución. El informe sobre esas únicas investigaciones desapareció. (diario de Erevan "Azg", 16.07.2003).

También sería apropiado citar aquí el contenido del artículo de Serguey Briliov "Se reveló el misterio del diluvio", tomado del internet, que continúa la historia acerca de la arca de Noe en el monte Ararat. Aquí esta el artículo casi en su totalidad.

"...en el 1949 un avión de reconocimiento estadounidense descubre en la cuesta del monte Ararat un objeto de una forma poco común para un paisaje montañoso. Los contornos del objeto lo asemejaban a un antiguo y enorme barco. En el mes de septiembre del mismo año a la zona de la "anomalía de Ararat" partió la expedición del proyecto "Planeta desconocida", encabezada por el orientalista ruso Andrey Poliakov. Y ya en la otra cuesta del monte los integrantes de la expedición encontraron un semejante objeto más. Era un barco hecho a mano y de tamaño de un portaaviones moderno.

"Al haber subido al monte nos encontramos delante del panorama de ese barco enorme,- cuenta el jefe de la expedición Andrey Poliakov,- así que ya nadie se quedó con la duda que era un barco. Cuando nos acercamos al barco y lo tocamos con las manos, vimos que realmente era de madera fosilizada, como un carbón de piedra. Como nos contaron los habitantes de la zona, toda la historia comenzó un año antes, en el 1948, cuando hubo un gran terremoto. Entonces fue en el medio de este terremoto cuando la tierra como si empujase de sus entrañas este barco que apareció de repente, iluminando a la vez todo el alrededor con una brillante luz eléctrica. Siendo creyente, la gente consideró el hecho de un milagro y en el barco inmediatamente reconoció la Arca de Noé que según las leyendas aborígenes había anclado justo ahí. Su tamaño es aproximadamente el de campo de fútbol. Más bajo del barco, pero igual en una altura considerable, encontramos las piedras de ancla, es decir las piedras que servían de lastre (o de balasto) para el. Es interesante que semejantes piedras fueron halladas en el Mar Mediterráneo. Pero el tamaño de aquellas fue dos y media veces menor que el de las del monte Ararat."

Pero hay que admitir que la certeza que tienen los integrantes de la expedición que era la misma Arca de Noé la que ellos vieron, en el Instituto ruso de los países asiáticos y africanos, se la pone en duda.

Para acabar con ella en el año que viene, es decir, en el 2004 a la zona de la dicha "anomalía de Ararat" partirá una nueva expedición. De los cuatro lados acercarán al monte Ararat los turcos, los armenios, los estadounidenses y los rusos."

También últimamente interesantes investigaciones sobre el tema han sido hechas por el ingeniero Angelo Palego. Igualmente llaman la atención las fotos tomadas desde el espacio por el satélite francés y presentadas por el profesor de informática de la Universidad de Turín Nello Balossino.